

Intervención de Pablo Casado

Comité Ejecutivo Nacional

23 de septiembre de 2019





AGENDA

**PARA UNA NUEVA
MAYORÍA**

Me gustaría que este mensaje llegara hasta los españoles que han votado a mi partido en algún momento y, especialmente, a aquellos que se han alejado del PP en los últimos años. Estoy seguro de que muchos de ellos conocen ya las diferencias que separan la política seria, de Estado, con experiencia y con capacidad de gestión, de la política imprevisible, impulsiva, sin arraigo y llena de incertidumbres que sufrimos en los últimos años.

Debemos hacer un nuevo esfuerzo para dar visibilidad, influencia política real y presencia pública a la España razonable y generosa, que hoy no dispone de una representación ajustada, ni a su verdadera magnitud ni a sus verdaderas aspiraciones. Nuestro problema es la desunión política de la inmensa mayoría que ama a España, que, por supuesto, se encuentra en la derecha y en la izquierda.

Debemos buscar un nuevo punto de encuentro de esa gran mayoría que en ocasiones olvida que lo es, porque nadie se lo recuerda. Un punto de encuentro entre territorios y generaciones de españoles que en el pasado han demostrado que quieren estar unidos y que unidos son capaces de lo mejor, pero a los que hoy nadie une.

Quiero liderar una mayoría centrada y con un calendario de ambiciones nacionales que cumplir, orientado a ofrecer a los españoles la tranquilidad y el progreso que de-

sean. Una mayoría que no quiere hacer cosas contra nadie sino a favor de muchos, y que tiene que unirse para hacerlas; que rechaza cordones sanitarios, exclusiones tácticas y juegos oportunistas. Que antepone los intereses de España a un sectarismo egoísta.

Suele repetirse que nuestra Transición fue un gran éxito histórico. Y es cierto que lo fue, un gran logro cívico y democrático. Sin embargo, hoy no basta con recordar. El impulso cívico de la Transición se está agotando y, frente a los irresponsables que tratan de acelerar ese deterioro, creemos que renovar ese impulso constructivo es el deber y la oportunidad de la mayoría a la que apelo. La Constitución de 1978 puso nuestro destino en nuestras manos, y ahí es donde está, pendiente de nuestras decisiones.

Sufrimos un deterioro severo como consecuencia de hábitos y actitudes reñidos con nuestra mejor cultura política. Se han fomentado intencionadamente las fracturas, las divisiones, los radicalismos y las discordias. Han perdido fuerza y prestigio la moderación y los esfuerzos por integrar y unir alrededor de grandes proyectos nacionales en los que muchos puedan reconocerse y por los que quieran trabajar.

Es justo decir que el centro derecha español no ha sabido oponerse eficazmente a esa ola divisiva. Es más, ha caído en su propia división, que lo ha debilitado y lo ha situado muy lejos del Gobierno. Probablemente, no

supimos estar atentos a los sentimientos de millones de españoles perjudicados por la crisis, a pesar de estar volcados en evitar que se nos impusieran medidas de ajuste aún más duras para ellos. Y es evidente también que se han producido comportamientos muy apartados de la ejemplaridad pública, con la que debemos mantener un compromiso no solo absoluto sino mucho más activo y vigilante.

Para cambiar todo esto debemos pasar de la nostalgia y del lamento a la política práctica, a la actualización de los proyectos y al ejercicio lúcido y concreto de actitudes que devuelvan su prestigio y su vigencia a aquello en lo que decimos creer porque ha demostrado ser bueno para todos. Hay que hacer política para ganar. Y eso pasa por unir en las urnas un voto que ideológicamente puede no ser idéntico, nunca lo es, pero que es mayoritario en su anhelo de libertad y solidaridad social e intergeneracional, en su deseo de restaurar la convivencia entre españoles.

La unidad del voto, como la existencia misma de un partido político, es siempre la consecuencia de un trabajo de fondo y sostenido, destinado a forjar consensos sociales alrededor de lo que una mayoría considera lo más importante para el país, y hemos abandonado esa tarea mucho más de lo que nos podíamos permitir. Debemos rectificar.

Los trabajosos acuerdos que finalmente se han podido alcanzar en algunos ayuntamientos y Comunidades no pueden ocultar el

hecho de que el centroderecha ha perdido una parte muy significativa del apoyo que tenía, ha perdido también coherencia y capacidad ejecutiva real y, sobre todo, no ha podido constituirse en una opción de gobierno para España. Y todo eso sin que haya disminuido su espacio social.

En los últimos meses hemos vuelto a advertir de las consecuencias de esta división. En primer lugar, hemos ofrecido fórmulas que permitían alcanzar acuerdos de Estado amplios, que favorecían la gobernabilidad de España para la inmensa mayoría. Sin embargo, quienes tenían la responsabilidad de materializarlo han mostrado más interés en sostener la división, que daña de manera grave el funcionamiento de las instituciones.

También hemos ofrecido fórmulas abiertas de convergencia electoral que han sido rechazadas nuevamente y sin matices por las fuerzas políticas situadas a nuestro alrededor. Creo, sinceramente, que en este momento sus prioridades se han alejado ya mucho de las de sus votantes.

En poco más de un año hemos pasado de un Gobierno del PP, que aprobaba año tras año los presupuestos que necesitan todos los españoles y, en especial, los pensionistas y quienes más ayuda social requieren, a un Gobierno incapaz de impulsar una agenda legislativa que ya es impostergable. Un Gobierno nacido de la irresponsabilidad de quien ha demostrado que su único inte-

rés es su propia figura, sostenida por el nacionalismo radical, por un lado, y por confluencias de la izquierda más reaccionaria, por otro. Un ejercicio de funambulismo político que arriesga el futuro de los españoles y que, de mantenerse en su juego divisivo, seguirá dañando severamente la gobernabilidad y la agenda de la tranquilidad.

Para todos los españoles y, en especial, para quienes nos han votado o se han sentido alguna vez próximos a nuestro partido, es esencial fijar en el núcleo de nuestras reflexiones una pregunta: ¿qué sentido ha tenido destruir la unidad de voto alrededor del Partido Popular? ¿Qué sentido tiene mantener la fractura electoral empobrecedora y paralizante que se ha producido en el último año y que ha trabajado a favor de quienes quieren profundizar en nuestra división? ¿De verdad debemos declararnos incapaces de reunir lo que llevaba décadas unido?

No todos somos iguales, por supuesto. Tampoco quienes formamos el Partido Popular. Pero la política democrática consiste en superar divisiones y en construir acuerdos, dentro de los partidos y entre partidos. Que no seamos iguales no puede significar que permanezcamos esclavos de nuestras diferencias. La fractura del centro-derecha significa desandar el camino histórico que lo llevó a la unidad, a la mayoría electoral y al Gobierno, atrayendo incluso a votantes que, inicialmente, podían parecer alejados ideológicamente del Partido Popu-

lar, pero que confiaron en él como garantía de estabilidad. Y acertaron. Esta fractura constituye uno de los errores políticos más graves de la historia del liberalismo y del conservadurismo español.

Yo creo que no se puede invocar patriotismo alguno, ni principio político digno alguno capaz de justificar un comportamiento que produce un resultado tan dañino para los propósitos básicos que compartimos y para el conjunto del país. Si el precio de mantener una diferencia es que España quede en manos de un Gobierno como el que hemos padecido, entonces es que esa diferencia no merece ser defendida.

El Partido Popular, que es el resultado de una voluntad de unir y de sumar, tiene un sentido histórico que hoy se hace nuevamente evidente: unir para ganar, ganar para gobernar, y gobernar para que todos los españoles se beneficien del buen gobierno. O si se prefiere, unir para ganar y ganar para unir.

Tenemos que abordar sin reservas y sin disculpas el problema de la división del centro-derecha. Eso implica trabajar dentro del partido, trabajar con los demás partidos y, sobre todo, trabajar fuera del partido, con los electores.

Hay que explicitar el coste de la división y el coste del “NO-PP”, el coste del abandono de la casa común, comenzando por el centro-derecha. Especialmente cuando, en la

práctica, todo sigue girando alrededor de la misma casa.

Voy a decirlo con toda claridad: no hay posibilidad alguna de sustituir al PP como cerebro, corazón y pulmón del centro derecha español. No la hay. Eso está zanjado por las urnas.

Nuestras ideas, nuestro latido y nuestro oxígeno; nuestra experiencia, nuestras personas y nuestra paciencia son los que han evitado el colapso de nuestro espacio político como efecto de la impericia de la nueva política. El conocimiento y la voluntad política del PP han evitado la plena hegemonía socialista.

Y, zanjado esto, viene la segunda verdad: las diferencias que impiden sumar alrededor de lo esencial no pueden seguir ocupando el centro de los programas ni el centro de la mesa de negociación. No es posible ayudar a la unidad de España mientras se trabaja contra la unidad del voto razonable del que depende el futuro de España. Las dos cosas a la vez no pueden ser.

Tendremos que ser generosos, pacientes, inteligentes y todo lo que sea necesario para llevar adelante esa tarea, pero esa es la tarea política esencial en este momento y es la que yo personalmente me he fijado como objetivo prioritario. Hablo de la reconstrucción de un proyecto político de fondo coherente y ganador para que España gane.

Los españoles no podemos despreciar todo lo que ya sabemos sobre nuestro país. No podemos votar para volver a los años ochenta, con un socialismo que gana y que arruina a España, porque su alternativa está dividida y es incapaz de ofrecer un proyecto sólido, para crear empleo de verdad, del que dura, y generar auténticas oportunidades y movilidad social, que asegure el bienestar y que defienda la ley. Esta no puede ser la ocasión de la experiencia desaprovechada y del conocimiento inútil.

Hay que rechazar la ruptura y también la involución, que se retroalimentan mutuamente. Hay que sacar a nuestro país de ese círculo vicioso político e institucional, que ya se está trasladando a la economía y al empleo. Hay que poner fin a ese enfrentamiento cainita, destructivo de todo lo común. Ganar destruyendo las bases de la convivencia, que es lo que ofrece Pedro Sánchez, es la peor manera de perder. Ganar destruyendo las bases de la prosperidad e impidiendo que España progrese es una forma inaceptable de ganar. Y que desde el centro derecha la división actúe a favor de esa tarea resulta simplemente absurdo.

Estamos repitiendo, plano a plano, la misma secuencia que vimos en 2008. La misma que terminó en las portadas de medio mundo señalando a España como un riesgo sistémico. Hay que recuperar una agenda reformista profunda, intensa y de gran amplitud. Tenemos que cambiar de

Gobierno y de política antes de que la crisis vuelva a ser una realidad dura. Estamos poniendo todos los ingredientes para que, por segunda vez en una década, nuestro mercado de trabajo quede arrasado y para que otra generación más de españoles quede sin oportunidades y sin futuro.

Por estas razones quiero ofrecer una Agenda para una Nueva Mayoría, que nos permita no solo reafirmar nuestra concordia cívica y política, sino también nuestra concordia social, ambas expresadas como núcleo de nuestro modelo político en el artículo 1.1 de la Constitución: “España se constituye en un Estado social y democrático de derecho, que propugna como valores superiores de su ordenamiento jurídico la libertad, la justicia, la igualdad y el pluralismo político.”

Es alrededor de un compromiso claro para actualizar el sentido de este acto constituyente donde puede reencontrarse hoy una mayoría de españoles. España padece tres fracturas: territorial, social y generacional. Las tres están vinculadas entre sí, y se corresponden con la crisis de nuestro modelo social, con el desafío populista contra nuestra democracia y con la pérdida de vigencia social de muchas de nuestras instituciones, especialmente entre los más jóvenes.

ESTADO SOCIAL

Estado social significa en primer lugar empleo estable y de calidad. No sólo porque es lo que realmente proporciona auto-

mía personal y lo que permite la plena realización de las capacidades de todos, sino porque el desempleo y la precariedad condicionan el rendimiento práctico, como factor de redistribución y reequilibrio, de todo nuestro modelo de bienestar. Buena parte de lo que cada uno recibe depende de los años de cotización y del nivel de ingresos en el trabajo, de manera que el desempleo y la precariedad no solo constituyen un problema para hoy sino que también constituyen un problema para mañana para quien los padece. Menos años trabajados y menos salario es menos ahorro, menos consumo y, además, es también menos pensión.

Y no solo eso, el desempleo en un hogar guarda relación con el fracaso escolar de los hijos y actúa como una mina en la línea de flotación de la sociedad de oportunidades con la que estamos comprometidos. Es muy difícil que nuestro nivel educativo mejore significativamente si no mejoramos simultáneamente nuestro mercado laboral y muchos otros instrumentos del bienestar que actúan conjuntamente: impuestos, educación, emprendimiento, unidad de mercado...

Estado social debe ser también abordar, sin reservas, políticas que enfrenten de manera integral los efectos del invierno demográfico que padecemos, y también políticas que tomen en serio, con realismo y con prudencia, lo que sabemos sobre las tendencias climáticas y sobre sus efectos sobre nuestra vida.

ESTADO DEMOCRÁTICO

Nuestro Estado democrático exige que aseguremos que el poder político solo se obtiene por las vías constitucionalmente previstas para ello. Ni el chantaje ni la deslealtad al marco común de convivencia pueden encontrar premio político nunca. Es necesario reforzar la defensa de la democracia, que implica el compromiso con la sanción proporcionada sobre todo aquel que trate de privar a los españoles de los derechos, la libertad y la soberanía de la que se han dotado.

El acuerdo de todos solo se cambia por el acuerdo de todos, y el voto solo es legítimo cuando se produce según los procedimientos establecidos y sobre los asuntos establecidos. No existe un derecho a decidir por los demás, existe el derecho a que no decidan por uno mismo.

La democracia es un sistema mediante el cual votamos para hacer leyes que protegen nuestros derechos. No se puede votar contra la ley ni para dejar a nadie sin sus derechos.

Por la misma razón por la que no podemos votar dónde tiene que vivir alguien, qué profesión tiene que ejercer, con quién se tiene que casar, qué tiene que comer o qué carrera debe estudiar, no se puede votar que los españoles perdamos nuestros derechos de soberanía en todo nuestro territorio nacional.

Celebrar un referéndum contra la ley es uno de los actos más violentos y más peligrosos que cabe imaginar en una sociedad plenamente democrática como la nuestra, porque su propósito no es privarnos de un derecho sino privarnos de todos nuestros derechos. Ninguna mayoría, y menos aún la minoría nacionalista, puede cambiar eso sin destruir la verdadera democracia, la europea, la occidental, la nuestra. Deben perder toda esperanza de lograrlo y para eso debemos estar unidos.

ESTADO DE DERECHO

Estado de derecho significa separación de poderes, respeto a los procedimientos, final del abuso del recurso a los decretos, previsiones para frenar a quienes pretendan mercadear con las leyes o hacer de ellas algo adaptable, ajustable, o incluso prescindible cuando entran en conflicto con sus intereses políticos. La ley es la expresión de la voluntad general sobre el interés general, por eso nunca es un obstáculo para la convivencia, sino lo que hace posible la convivencia.

Estado de derecho significa también respeto a los compromisos europeos, comenzando por las exigencias del euro, y al resto de compromisos internacionales.

Es alrededor de estas tres grandes tareas comunes -fortalecer el bienestar, la democracia y el Estado de derecho- donde debemos encontrarnos una vez más los españoles. Esa es mi propuesta, esa es mi

agenda de trabajo partiendo de un programa solvente, acreditado y conocido.

Quiero que el Partido Popular actúe como la gran plaza mayor de la España razonable, que quiere convivir, que aprecia a los demás aunque no comparta sus ideas, donde todos puedan sentirse reconocidos y acogidos. Adquiero públicamente un compromiso con mi programa electoral, pero adquiero también el compromiso de llevarlo adelante con el máximo acuerdo posible, con prudencia, sin agresividad, buscando siempre el consenso y la máxima apertura hacia todos, evitando en lo posible aquello que pueda resultar inaceptable para alguien, y eligiendo lo que resulte deseable para todos.

Quiero un Partido Popular ampliado, más popular y menos partido, integrador, reconocible por moderado, responsable tanto de la defensa de sus propias posiciones como, sobre todo y antes, de la defensa del sistema que todos compartimos. Nuestro programa es para la convivencia y el

progreso, y esa será siempre nuestra piedra de toque, lo que nos guiará en todo momento, lo que justificará o no cada paso y cada decisión.

Tengo muy claros mis principios y mis preferencias políticas, y creo que he dado muestras suficientes de ello. Pero entre todos esos principios y entre todas esas preferencias algo domina sobre lo demás: el deseo de que España vuelva a ser un país unido alrededor de una gran mayoría política y social decidida a hacer realidad el proyecto común que necesitamos para abordar nuestros verdaderos problemas y para encarar con confianza la nueva década que se abre ante nosotros.

Este es mi compromiso. Para eso pido unir el voto. Unir para ganar, ganar para gobernar, gobernar para unir.

PABLO CASADO BLANCO
Presidente del Partido Popular



AGENDA

**PARA UNA NUEVA
MAYORÍA**